

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8227

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o por giro de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Cassini, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIBRAS 4.

Martes 9 de Abril de 1889

SUGESTIÓN

Al leer de estos versos el primero,
Con suave placer te dormirás
Y sin perder la vista, en el tercero,
El BARCO DE VALENCIA encontrarás.

Probarás su café, su chocolate,
Su té, sus dulces, todo en conclusión.
Y sabrás como no es un disparate
El premio que ganó en la Exposición.

Y al despertar, gozoso y sosegado,
Jurarás por tu honor hasta morir,
Que no probarás nunca de otra marca
Que la que probastes al dormir.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

LA CUESTION MONETARIA

Reviste en estos momentos interés tan excepcional la cuestión promovida por el Banco de España sobre la retirada de billetes y lanzamiento al mercado de grandes cantidades de plata, que no podemos resistir al deseo de tratar este asunto.

Nadie seguramente ha dejado de observar lo que ocurre cuando se desprestigia el papel del Estado; por algo se dice que la baja de los valores es la ruina. Una persona emplea una cantidad determinada en comprar valores del Estado al 50 por 100, por ejemplo. A este precio los pone en inventario y los deja quietos en cartera, sabiendo que allí tiene una fortuna que puede negociar un día dado, ó que puede hipotecar para levantar fondos.

Sin embargo, á medida que las cotizaciones bajan, sin que el tenedor de papel ponga nada por su parte, aquel valor semejante al pedazo de azúcar que se deja caer en el agua, se va deshaciendo y disolviéndose á su vista. Lo que costó 50 llega un día que no vale más que 45, luego 40, luego 30, al fin 12, es la ruina completa. El que creía tener una fortuna guardada, al tirar de su gaveta echa de ver que se le ha deshecho como el humo.

Pues algo así sucede con la moneda que se desprestigia. Un país tiene una cantidad de moneda dada que equivale en el mercado á una determinada cantidad de productos. Con aquella cantidad de moneda la nación compra lo que le hace falta para su subsistencia, ó lo que necesita para su defensa. Pero el valor de la moneda empieza á bajar, aquella onza de metal se desprestigia ni más ni menos que el papel y si con ella se ha de comprar productos se obtiene menor cantidad de productos, el banquero ó la casa de moneda la recibe con descuento, y en el país hay menos granos, menos armas, menos elementos para adquirir lo que le hace falta. Y como la solidaridad humana es una verdad, el daño que experimenta una nación repercute en las demás.

Imposible permanecer indiferente ante un estado de cosas parecido. De ahí que los Estados Unidos trataran de poner un dique al torrente antes que desbordase. Las naciones desconfiadas de tuyo creyeron que los Estados Unidos trabajaban por la cuenta

que á ellos les tenía y no les hicieron caso, pero ante la gravedad de los acontecimientos iban sucediéndose, naciones como Alemania é Inglaterra fueron las primeras en acudir á la conferencia de 1881.

La unidad monetaria es un bien y un solo metal como moneda es un bello ideal. Pero la unidad no es el número uno, sino la armonía y no consiste tampoco la unidad del género humano en que haya un solo hombre, sino en que haya una sola raza, como la unidad del valor no está en el heroísmo aislado de un soldado, sino en la pujanza de un ejército todo que se mueve bajo una sola voluntad y por la dirección de una sola inteligencia.

No es la unidad del oro ó de la plata lo que se busca, sino la armonía de esos metales. Se desea una sola moneda; pero un solo metal no es una sola moneda.

Si una nación paga cinco por lo que nosotros pagamos seis, claro es que nuestra moneda está perjudicada; pero desde el momento en que el mercader de París, de Londres ó de Berlín, paga lo mismo que nosotros pagamos ¿dónde está la diferencia entre el oro y la plata?

Alemania quiso remediar el daño causado y la misma Inglaterra se mostró propicia á entrar en el general concierto, y los Estados Unidos proponían esta solución: reconocéis el principio, decían, de que la plata está envejecida y que con su depreciación os habéis arruinado, conviniendo en que no hay oro bastante para la vida de los pueblos y que el oro y la plata son parte de un sistema; pues abrid todas las casas de moneda á la libre acuñación de la plata y la plata por tal modo quedará rehabilitada.

La conferencia se reunió y dió el resultado apetecido. Se necesita la aquiescencia de todos los gobiernos para llegar á una solución. Lo que digan en París, Londres, Berlín y Washington, que son los principales mercados de moneda, probablemente lo dirán los demás. Cuando estos países hayan dicho la última palabra sobre la cuestión monetaria, seguirán los otros sin discutir ni vacilar.

Pero lo probable es que antes de pronunciar esta última palabra llegue la crisis que se está cerniendo sobre todos los países de Europa.

Los Bancos amenazan con aumentar el descuento, y si el oro sube, como amenaza ir subiendo, entonces á las naciones les sucederá lo que al individuo que se le paraliza la sangre en las venas, no serán más pobres ó más ricas pero el trabajo será menos fecundo.

Cuando la plata no vale, todo el mundo busca oro, y como en el mundo hay una cantidad de oro limitada, todo el mundo va á pedirlo donde está, á los Bancos; estos se niegan á darlo y suben el descuento y el oro desaparece del mundo económico y falta la moneda, y el industrial no puede pagar las primeras materias, el empresario carece de especies metálicas con que salutar los salarios, y detrás de esa crisis monetaria está apuntando en el horizonte otra crisis económica que amenaza con grandes ruinas y desastres á todo el mundo civilizado.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

VICIOSO

Charada

En un convento cualquiera
hallarás prima con tres,
y á mi todo puedes ver
en segunda tras primera.

E. A.

LAS LENTEJAS.

—Benito, Benito.... despiértate, hombre.

—Sí, ya me despierto: ¿Qué hora es?

—Son las seis.

—¿Las seis! ¿y para qué me llamas tan temprano? .. no voy de confesión ni tengo por qué madrugar.

—He pasado muy mala noche, muy mala.

—Pues por eso mismo debes ahora dormir, y sobre todo, dejarme á mí que lo haga.

—Es que tienes que ir en busca de D. Canuto.

—¿De qué D. Canuto?
—Parece que vuelves tonto. ¿De qué don Canuto he de hablar? del médico, hombre, necesito de él.

—¿Y para qué quieres al médico á estas horas?

—Para que me vea.

—Pues buenas vistas va á tener para desayunarse.

—Jesús y qué ordinario eres, Benito.

—Mira, Saturnina, que tienes la lengua muy larga.

—Y tú el entendimiento muy corto.

—Bueno: está bien, pero calla y déjame dormir.

—Y dafé con el dormir!... te repito que he pasado muy mala noche y necesito al médico enseguida.

—Pero, ¿qué has tenido? qué enfermedad te aqueja?

—Grandes vahidos, mucho asco en el estómago, conatos de vómitos...

—Saturnina!... ¡Saturnina!... ¡Saturnina!... no me asustes... pero, si no puede ser... ¡ah!... sí: ya sé lo que tienes, seguramente te hicieron daño ayer las lentejas.

—Sea lo que fuere, el médico verá lo que tengo, y recetará según la ciencia le aconseje.

—Lo mejor es que tomes un purgante; manda por una onza de sal de guerra.

—Ya sabes que una onza á mí no me hace nada.

—Pues manda por media arroba, pero déjame dormir.

—No he visto un marido más apático que tú; y si por no traer al médico se me curase una enfermedad que me llevase á la sepultura?

—¿A tí!... ¿Qué cosas tienes!... tú, no te mueres nunca; eres inmortal: ni el mismísimo cólera puede contigo; tu naturaleza está á prueba de enfermedades. Con que hasta luego.

Este fue el comienzo del día 1.º de este mes.

No canso á Vdes. en decirles que ya no dormí porque supongo que lo habrán adivinado.

D. Canuto fue llamado, y no se hizo esperar. A pesar de que D. Canuto curó sus años de carrera en la Universidad de Valencia, y lleva muchos años de práctica adquirida en un pueblo de campo, en cuestión de diagnosticar vive en un atraso lamentable. Mi Saturnina, que opina de distinto modo que yo tanto en los diagnósticos de D. Canuto como en todo, tiene en él una fe ciega y lo oye con la boca abierta, creyendo escuchar un oráculo.

Ese día, mi D. Canuto llegó á casa, entró en la alcoba donde en dos distintas camas descansamos mi mujer y yo.

La criada revestida del carácter de cicerone acompañaba al doctor.

Equivocando el lectio y tomándose por el enfermo, me preguntó con cierto aire doctoral que qué tenía, y yo sin detenerme le contesté sencillísimamente, que mucho sueño, volviéndome del otro lado.

Mi mujer tomó la palabra y empezó el relato de los síntomas que le molestaban.

El simpático profesor le tomó el pulso, le hizo todas las preguntas que le dió su reagan y después de meditar, verle la lengua, tocar un par de redobles en su vientre para oír los sonidos profundos del exófago y toda su veindad, abrió su boca y dijo: «Los fenómenos que V. experimenta y yo observo acusan un pronto alumbamiento.»

«Mentira» dije yo desde la cama, tirándome de ella perfectamente desvelado: «Mentira, repito.» «Usted Sr. D. Canuto me está faltando con semejante suposición: mi mujer no tiene que alumbra más que á mí cuando hago la requisa nocturna para ver si hay algn ladrón escondido.» «Como no alumbra la lengua, no espere V. otro alumbamiento.»

El cándido del doctor, redoblando sus reconocimientos é indagaciones, reanudó sus preguntas y entre otras le dirigió la más temible de todas las que pueden hacerse á una mujer: D. Canuto se permitió preguntarme qué edad tenía.

Saturnina con un apémo extraordinario le contestó que hacía poco que había cumplido 45 años.

«Mentira, mentira y siete mil veces mentira» respondí yo de nuevo: hace 15 años que cumplí los 45, de manera que si ella no lo llevamal, tiene 60 muy cumplidos por eso sostengo que aunque los fenómenos de las lentejas acusen todos los alumbamientos habidos y por haber, lo que es Saturnina no alumbra.

Mi razonamiento hizo algún efecto en el médico; y cambiando el diagnóstico, aseguró que tenía un principio de gastritis aguda.

«Eso es otra cosa;» le dije yo: la gastritis, por lo mismo que no sé si es carne ó pescado me aconsejo de sugar que sea la dolencia de mi mujer.

El doctor, que en mi juicio no tenía visitas más que cuando las hacía con su mujer, y los enfermos no se acordaban de que existiera en el mundo, vió una ocasión para entretener los vahidos de mi Saturnina, y con tal propósito, después de hacerle de nuevo que le enseñara la lengua, tirándome á mí me dijo: «Esta lengua está mal! Si señor le dije yo, ella siempre la he tenido mala y esa tal virtud, confesión dicha, que se quide hoy en la boca y la lengua.»

«Saturnina se pasó cuatro días en cama buena y sana, desde el momento que las lentejas variaron de domicilio, y D. Canuto le ha hecho una docena de visitas, y no siguió la hebra porque al cuarto día lo llamé aparte y le dije: «Veo que la enfermedad de Saturnina se complica y lo siento por ella y por Vd., por Vd., si señor, mi respetable D. Canuto. Acabe de ajustar mis